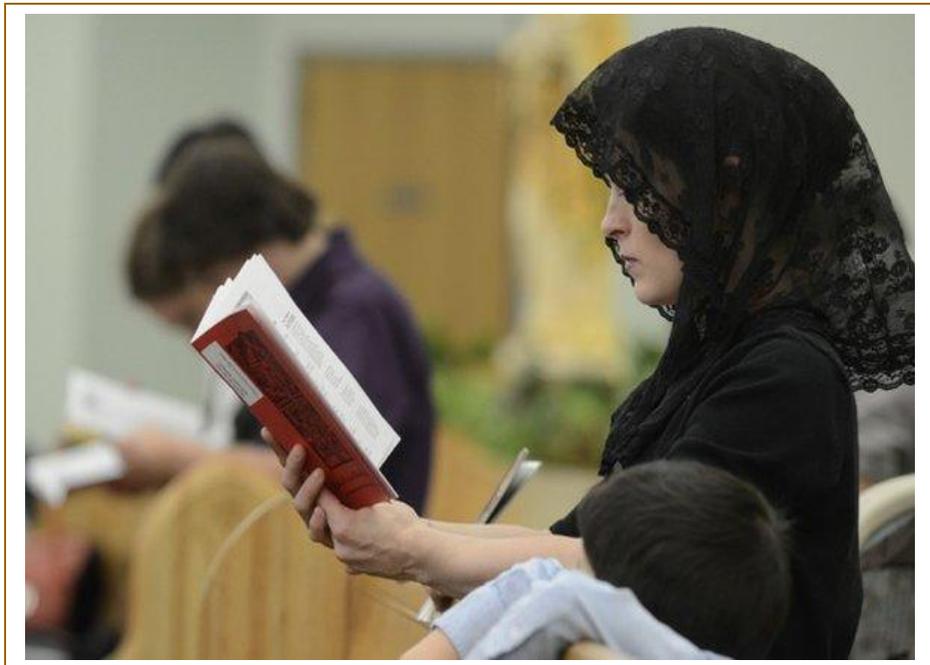


EL VELO, UN HONOR PARA LA MUJER



INTRODUCCIÓN

Entre las tradiciones de la Iglesia, entre las más antiguas, no hay ninguna como la de llevar el velo por parte de las mujeres en la iglesia. Pero, a sí mismo, no hay tradición más olvidada, despreciada, mal entendida y rechazada.

Esta tradición nos viene de los Apóstoles y confirmada por los Papas a lo largo de la tradición de la Iglesia. ¿Por qué esta tradición? Conocerla ayudará a las mujeres amar esta loable tradición y a continuarla.

Con la reforma del Concilio Vaticano II muchas cosas cambiaron en la Iglesia en el aspecto litúrgico. Pero muchos de estos cambios no constan en los documentos conciliares, ni fueron insinuados estos cambios en ellos. Muchas de las reformas afectaron a seculares tradiciones bendecidas por los pastores de la Iglesia, tradiciones buenas y santas que en nada desmerecían a los fieles ni mucho menos les dañaba ni atentaba contra ellos en su dignidad.

¿A caso la exigencia de vestir honestamente para entrar a la Iglesia o el mismo uso del velo es un atentado a la dignidad de la persona? ¿Durante siglos, y en el caso del velo nos remontamos a San Pablo, la Iglesia ha sido capaz de someter a tal indignidad a sus fieles? El Concilio Vaticano II no dijo nada al respecto, pero sin embargo los pastores de la Iglesia permitieron, de forma indiscriminada, que costumbres, algunas milenarias, desaparecieran aduciendo que eran los fieles quienes tenían que decidir sobre ellas. Como si la Iglesia, Madre y Maestra no tuviera nada que decir, ni mucho menos que exigir a partir del Concilio.

Más no sólo desapareció la tradición de llevar el velo las mujeres, sino que se discriminó y vejó de forma inmisericorde a aquellas que por devoción y tradición quisieron seguir llevándolo. ¿Por qué esa encarnizada oposición a tan hermosa tradición tan llena de rico significado religioso? Oposición por parte de todos, obispos, sacerdotes y fieles. ¿Por qué la pretendida apertura de la Iglesia al mundo es un verdadero cerrojazo a tradiciones que vienen de dentro de la misma Iglesia? Es como si se aceptara con toda libertad, y además con toda naturalidad, lo que el mundo tiene y vive, y por el contrario nos avergonzamos de lo que la tradición de la Iglesia pone a nuestro alcance para nuestra mejor santificación. ¿Lo que ha sido bueno y querido durante siglos en la Iglesia deja de serlo de la noche a la mañana? ¿Se le puede negar a alguien el querer vivir según lo que ha recibido y se le ha transmitido? ¿No pueden vivir distintas formas de convivencia dentro de la Iglesia? ¿No puede ser natural y normal que mujeres entren en el recinto sagrado de la iglesia con su velo sin ser recriminadas u observadas con recelo, o ridiculizadas?

Pretendemos, pues, dar a conocer esta hermosísima tradición, que no ha hecho más que bien a la mujer, ha edificado al hombre y admirado a santos sacerdotes.

FALSA CONCEPCIÓN CONDICIONADA POR EL MUNDO ACTUAL



No es muy difícil constatar que los fundamentos de nuestra época actual son del orgullo, la soberbia y el egoísmo. Cada uno quiere brillar por encima de los demás, quiere ser el mejor, el más elegante y atractivo, el más inteligente, independiente de todos y dominar sobre los demás. Por tanto, nuestro mundo es incapaz de entender la belleza y grandeza de la sumisión y de la humildad cristiana, rechazándolas como oprobio a la dignidad de la persona.

El falso feminismo, fomentado por los enemigos de la Iglesia Católica, bien supo sacar partido atacando las costumbres tradicionales de la mujer, como ama de casa, esposa fiel y dependiente de su marido, y de madre de familia, haciendo ver que tales actitudes de la mujer eran un atentado contra su libertad y dignidad, rebajándola de una manera inaceptable como persona de segunda clase. Este falso feminismo aboga por la reivindicación de unos “derechos de igualdad” y “libertad” de la mujer que, según esta tendencia, estaban lesionados por tales costumbres.

El abanico de estas reivindicaciones se extiende y cubre muchos campos, pero se expresa de una manera más efectiva a través de las modas. Condicionada por las ideas actuales, por los falsos slogans que se imponen a la mujer de hoy pensando en su “liberación”, nunca fue la

mujer más manipulada y esclavizada por esta sociedad, alejada de Cristo, que pretendidamente busca su “libertad” esclavizándola.

La idea que se trasmite es que para ser libres hay que rechazar todo indicio de dependencia y obediencia, todo lo que pueda limitar la “libertad”. Y lo que realmente nos hace libres es hacer, poco más o menos, lo que a uno le viene en gana, sin someterse al dictado de nadie. Esta precepción está en el ambiente y es asumido por muchos y por muchas mujeres.

Esta falsa mentalidad liberadora ha llevado inevitablemente a desnudar a la mujer, y por pretender un falso honor en la sociedad, la mujer ha llegado a deshonrarse dando la imagen de un simple objeto de atracción de deseo.

RECOBRAR LA DIGNIDAD DE LA MUJER A TRAVÉS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA



La religión cristiana, y el sentido común, invitan a la mujer a la modestia. Así dice San Pablo en 1 Tim. 2,9-10: *Que las mujeres vistan decorosamente, arregladas con modestia y sobriedad, sin trenzar el cabello con oro, sin perlas ni aderezos caros, sino como corresponde a mujeres que manifiestan la piedad por medio de las buenas obras.*

Y San Pedro, 1 Pe.3,3-4: *Que vuestro adorno no sea el de fuera, peinados, joyas de oro, vestidos llamativos, sino lo más íntimo vuestro, lo oculto en el corazón, ataviado con la incorruptibilidad de un alma apacible y serena. Esto es de inmenso valor a los ojos de Dios.*

Es decir, que San Pablo y San Pedro presentan la modestia de la mujer como la señal de su piedad y de la belleza de su corazón, lo que *es de inmenso valor a los ojos de Dios*. Por encima de todo, llaman la atención de la mujer para que se esfuerce en buscar la belleza interior, huyendo del excesivo apego al culto de la belleza exterior.

El aspecto exterior es un reflejo del interior y lo traiciona muchas veces. Una mujer que se viste de forma provocativa, con poca o ninguna modestia ni pudor, dice de ella, en el mayor número de los casos, que no sabe ser casta. Demuestra por su exterior que su interior no es puro, y que no se siente capaz de conservar la pureza en sus modales y costumbres. En otras palabras, muestra ella misma, por su indecencia, que no tiene ni la virtud ni la fortaleza de resistir a las pasiones desordenadas y que, no contenta de hacerse daño a sí misma, no le importa arrastrar a otros a pecar.

Como reacción a estas modas provocativas e indecentes, la mujer debe reaccionar reivindicando su verdadera dignidad. La mujer que quiere defender su honor tiene el derecho a reivindicar la modestia, la decencia, el pudor, y proclamar abiertamente la grandeza de la pureza en su manera de vestir y de ser.

La fe católica y la práctica de las virtudes ayudarán a la mujer en aquel combate, y le ayudarán a defenderla, protegerla y realzar su honor y verdadera dignidad.

En cuanto a la modestia, el llevar el velo las mujeres fue una exigencia en la Iglesia católica desde sus primeros tiempos. Queremos reivindicar la libertad para que aquellas mujeres que quieran llevar velo

lo lleven sin ser criticadas, ni mucho menos vejadas. Profundicemos en las razones del velo y su conveniencia.

SÍMBOLO DE HUMILDAD Y DE MODESTIA

Leemos en 1 Cor. 11, 5-6: *Toda mujer que reza o profetiza con la cabeza descubierta deshonra su cabeza, pues es lo mismo que si rapara. Por tanto, si no se quiere cubrir con el velo, que se corte el pelo. Si es vergonzoso para la mujer cortarse el pelo o raparse, que se cubra con el velo.*

Dice San Pablo en 1 Tim. 2, 14: *Adán no fue engañado; pero la mujer dejándose engañar, incurrió en pecado.* Fue Eva la primera que pecó e indujo a Adán a pecar. Pero San Pablo añade para consuelo y el honor de la mujer: *No obstante, se salvará por la maternidad, si persevera con modestia en la fe, en la caridad y en la tarea de santificación* (1 Time 2,15).

San Pablo recordará en sus Epístolas la sumisión que las mujeres deben a sus maridos: *No permito que la mujer enseñe, ni que suplante la autoridad del varón, sino que debe ser discreta* (1 Tim. 2, 12). *Las mujeres deben callar en las iglesias, pues no se le permiten hablar, antes bien deben estar sujetas, como también dice la Ley* (1 Cor. 14, 3). San Pablo no se opone a que profeticen las mujeres, la prohibición se refería más bien a la función oficial de enseñar en las asambleas. Además, el apóstol es defensor a ultranza de la igualdad entre el hombre y la mujer como hijos de Dios. Pero, a esta igualdad no se opone la diversidad de funciones en el seno de la Iglesia.

Las anteriores citas dejan traslucir, no el papel “inferior” de la mujer en la asamblea como acabamos de indicar, sino más bien la discreción y modestia de su papel en la misma, sin llamar la atención por su forma de vestir o por sus intervenciones. Por encima de todo es

la modestia lo que pretende San Pablo inculcar a las mujeres. Conviene recordar las hermosas palabras de San Ambrosio en este asunto: *Gran cosa es la modestia, que mientras está dispuesta a ceder su propio derecho, nada pretende para sí, nada reivindica, y en cierto modo estando por debajo de sus propias fuerzas, es rica delante de Dios, delante del cual nadie es rico. La modestia es rica, porque es herencia de Dios. Pablo también manda elevar la oración con modestia y sobriedad. Quiere que ésta sea la que preceda y casi muestre el camino a la oración que se hará después* (Nuevo Testamento. Eunsa. Pamplona 2004. Pág, 1256).

San Pablo recuerda que el signo de la humildad y modestia de la mujer en la asamblea es el velo: *La mujer debe mostrar sobre su cabeza la señal de sumisión por razón de los ángeles* (1 Cor. 11,10). El problema del velo se presentó como tema de discusión entre los de corintio, y sin ser un problema relevante la cuestión del velo, el Apóstol reacciona según las costumbres de su tiempo y que ha recibido de la tradición judía. Pero como el aspecto externo dice del interno, la cuestión del velo tomó arraigo en las florecientes comunidades cristianas como signo externo de la modestia interna de la mujer.

El velo fue considerado símbolo de amor, de sumisión y de fidelidad a Dios y al esposo, y nunca como signo de humillación o de inferioridad para la mujer.

DECORO, MODESTIA Y SOBRIEDAD



Las palabras de San Pablo (1Tim.2,9-10): *Que las mujeres vistan decorosamente, arregladas con modestia y sobriedad, sin trenzar el cabello con oro, sin perlas ni aderezos caros, sino como corresponde a mujeres que manifiestan la piedad por medio de las buenas obras*, siguen actualmente en vigor. Hoy podríamos repetirlas de igual forma y con las mismas razones. ¿No es la iglesia, el lugar sagrado por excelencia, para honrar al Señor? ¿No se honra al Señor con la modestia, el decoro y la sobriedad en el vestir, en los gestos corporales y en la actitud en general? Naturalmente esto sirve para todos los fieles de uno u otra sexo, pero es una realidad que la tendencia al aprecio del cuidado exterior es mayor en las mujeres, y ya lo recuerda el Apóstol.

No se va a la iglesia para mostrar que una es más o menos atractiva, ni para mostrar la hermosa cabellera bien cuidada y peinada.

La experiencia posconciliar muestra una realidad incontestable, pues la mujer empezó por quitarse el velo y ha terminado con ir verdaderamente indecentemente vestida. No estamos generalizando, pero no se nos puede negar la verdad de lo que constatamos día a día en la Santa Misa o en los sacramentos del bautismo, confirmación, bodas. En ocasiones se contempla un espectáculo verdaderamente desolador, que desgarrar el corazón, por tanta inmodestia y sensualidad en el vestir.

Hay una gran ignorancia con respecto al velo, su significado, y como el velo siempre moderó la tentación de la mujer de mostrarse atractiva y seductora en la iglesia, llevándola por la senda de la modestia y sobriedad.

¡Qué edificante es ver a la mujer vestida con pudor y decoro! Es edificante para todos los fieles y para el sacerdote. Y decimos “edificante”, sí, porque la mujer pudorosamente vestida en la iglesia no pasa desapercibida, deja un halo tras sí de alegría y paz interior que alimenta la fe de quien la observa e incluso eleva el alma. Y nada hay

más desalentador y descorazonador que una mujer sensualmente vestida en la iglesia. Y todo por la importancia de la mujer en la familia y en la sociedad y en la Iglesia.

El velo es símbolo de mujer virtuosa, firme en la fe católica y arraigada en sus deberes de madre y esposa, o de alma para el Señor. Se nos podrá aducir en contra que no es necesario el velo para que la mujer muestre lo anteriormente dicho. Efectivamente, no es necesario el velo para ello. Pero afirmamos que el llevarlo fortalece a la mujer en esas virtudes y cualidades. Sólo es un bien para la mujer.

IMPORTANCIA TRASCENDENTE

Vamos a intentar explicar en los próximos apartados la importancia que aporta el velo.

Lo que forma o educa la sociedad, la que la dirige y guía en su comportamiento, es el ejemplo de las mujeres.

Ellas tienen entre sus manos la educación de los niños. El niño de hoy será mañana lo que su madre le enseñó. Será una persona descarriada o un santo, mucho dependerá de la educación y ejemplo de la madre. Siempre habrá excepciones, nadie lo cuestiona, alguien bien educado que termina descarriándose, o por el contrario quien vivió pésimos ejemplos familiares y de la madre, y termina siendo una persona ejemplar. Siempre hay excepciones, pero la regla permanece.

Se puede medir el nivel de una sociedad mirando solamente cómo se comportan las mujeres. Se puede medir el nivel espiritual de una parroquia mirando a las mujeres. Si se las ve modestas, recogidas y humildes en su porte, la parroquia dará frutos.



EL ARGUMENTO DEL SENTIDO COMÚN

¿Pero por qué la mujer debe cubrirse?

Porque es hermosa. ¿Por qué la proliferación de anuncios con fotos de mujeres, en general ligeras de ropa? ¿Por qué en la publicidad en general aparecen mujeres atractivas? ¿Por qué millares de fotos de mujeres rellenan tantas revistas en número incontable? Pues para proclamar que la mujer es algo hermoso en todas las partes de su cuerpo y objeto de atracción.

“Algo hermoso”, primer problema. Uno está tentado a pararse ante esta hermosura exterior y a valorar a la mujer sólo por su aspecto exterior. La mujer se ve reducida a un simple objeto de atracción o de deseo, independientemente de sus valores espirituales e intelectuales.

El problema va más lejos. No hay mejor forma de destruir la sociedad y atacar a la Iglesia que intentando corromper a la mujer, fomentando el falso feminismo, la falsa y perniciosa libertad sexual, alentando una perniciosa autonomía de la mujer respecto a su cuerpo, y en definitiva “desnudando” a la mujer.

Así, ya no sólo se ven mujeres guapas en todas partes, sino mujeres desnudas o con provocadores insinuaciones. La naturaleza humana caída se ve constantemente probada en las tentaciones de

impureza, y las consecuencias no pueden ser más que nocivas en el orden moral y social.

La mujer debe cubrirse a causa del pecado original. Porque el pecado original ha puesto un profundo desorden en la naturaleza humana, y aún con la gracia de Dios tenemos mucha dificultad de resistir a las pasiones.

Consideramos que el mismo sentido común nos lleva a recomendar el velo en la mujer en la iglesia, para evitar miradas, deseos y por el mismo respeto del lugar. La presión social sobre la falsa libertad de la mujer hace que muchas mujeres hayan perdido las más elementales nociones de pudor en el vestir, ya no sólo en su vida particular y social, sino dentro de los recintos sagrados.

Contemplar a una mujer cubierta con su velo distrae el interés de los demás por su exterior, fijando más bien la atención en sus valores y cualidades interiores; y se ve por su porte y manera de vestir mejor estimada y apreciada.

La mujer que valora la modestia y el pudor en el vestir, y por supuesto en sus costumbres, es la mujer fuerte y es la heroína de este mundo porque supo resistir a todas las corrientes, que oponiéndose a la moralidad, fomentan la más completa inmoralidad de vida y costumbres.

El velo es un signo que muestra que la mujer tiene fortaleza, valor y virtudes, que libre de presiones sociales sabe caminar en el verdadero camino de la santidad.

COMO VASOS SAGRADOS



Consideramos ahora la parte espiritual, y más relevante, de la importancia del velo.

1. La Santísima Virgen María

Si las mujeres se fijaran un poquito, y siendo lógicas consigo mismas, en el ejemplo de la Santísima Virgen, se darían cuenta que María “habla” muchísimo de la modestia. En sus representaciones, en sus apariciones, siempre la Virgen se muestra, a la vez, elegante y modesta. Siempre se da el ejemplo de la cabeza cubierta con un velo.

Tendríamos un grandísimo horror, y pensarlo ya repugna, ver a la Santísima Virgen no honestamente y pudorosamente vestida. Si la Santísima Virgen es el modelo de la mujer cristiana, y lo es, se ha de notar en las mujeres el dar testimonio de la Madre.

Sigamos con nuestras consideraciones. El velo que lleva María, como el velo que llevaban antes las mujeres y como el velo de las religiosas, no es solamente una señal de humildad, sino el hermosísimo *símbolo de una consagración sublime: una consagración al Ser Supremo, una consagración a Dios.*

El velo “esconde” a la mujer, la reserva para el Señor, es un “grito” al mundo sensual y dominado por las pasiones, que alza su silenciosa “voz” alertando que quien lleva el velo tiene su corazón prendado de Dios y por Sus mandatos se guía. Dios se reserva la mujer para Él, porque la ha escogido para una misión altísima y esplendorosa. Y eso que es verdad de manera infinita para la Santísima Virgen a quien Dios escogió directamente para Él como Hija, Esposa y Madre, también es verdad para todas las mujeres del mundo entero. Veámoslo.

Dios se ha asociado a la mujer, más que al hombre, a su obra creadora. Pues del seno del amor infinito, Dios hizo nacer toda la Creación e hizo que la mujer, a semejanza suya, llevase en sus entrañas la vida del mundo, los nuevos seres a los cuales da a luz.

Cuando la mujer lleva a su hijo en su seno, ella misma se transforma, todo es para él. Esta llamada a engendrar podemos asemejarla a Dios que desde la eternidad engendra a su Divino Hijo Jesucristo. La mujer coopera directamente en la acción divina de dar la vida. La mujer es esencialmente madre, aquí radica su grandeza, su vocación sublime, porque viene directamente de Dios para esta misión personal de cooperación, a esta misión divina de transmitir la vida, dándose ella misma para que otros vivan.

La Virgen y las religiosas también son madres, y lo son más todavía por lo que son en un plano sobrenatural, y por tanto infinito. Y la Virgen María es madre por excelencia, pues antes de serlo de las almas lo es de Dios mismo.

Con la maternidad la mujer se consagra a Dios de un modo especial. Es decir, Dios se ha escogido a la mujer para confiarle este papel, esta misión sublime de transmitir la vida. Así pues, *es conveniente que la mujer lleve sobre ella una señal, un símbolo, de su alta y divina vocación y de su grandeza por esta consagración. Y*

he aquí la razón profunda de su modestia y la razón de llevar el velo sobre la cabeza.

Pero mientras la Virgen y las religiosas llevan el velo siempre, porque su consagración a Dios es absoluta y directa, y su entrega es exclusiva al Señor, para las demás mujeres el llevarlo en la iglesia es símbolo de que su consagración pasa directamente por sus maridos. *El velo llega a ser para la mujer un símbolo de fidelidad y de dependencia de su marido y de su entrega a Dios.* O bien, podemos decir que el velo es el símbolo de fidelidad de la mujer a Dios a través de su marido. Así dice el Apóstol: *La mujer es gloria del hombre* (1 Cor. 11, 7). Y, *la mujer debe mostrar sobre su cabeza la señal de sumisión por razón de los ángeles* (1 Cor. 11,10).

Es interesante ver como esta idea de que la mujer está reservada (consagrada) a Dios, de un modo especial, existe desde la antigüedad como se comprueba, por ejemplo, en el paganismo con las Vestales romanas, que eran vírgenes consagradas al culto de los dioses paganos. Después, en el cristianismo, las vírgenes y las viudas consagradas a Dios la Iglesia las rodeaba de especiales bendiciones y con ceremonias especiales. Pero también las madres, y futuras madres, de familia tenían bendiciones especiales y ceremonias particulares para antes y después del parto. Todo para protegerlas y recordarles esta misión que tienen de colaboradoras ante Dios para transmitir la vida, y para que tengan presente las grandes cosas que el Señor hizo y hace con ellas a través de Su gracia y amor.

Las ceremonias de bendición de la mujer antes y después del parto están en el Bendicional, aunque han decaído mucho en la práctica desvaneciéndose de la conciencia de las mujeres la grandeza de su misión y la necesidad absoluta de la gracia de Dios; pues si pueden dar a luz es por el don gratuito del Señor, sin quien no se puede nada. Cuando la mujer toma conciencia de la grandeza de su papel, de su vocación, de su condición real, entiende mejor el

por qué de la modestia y del velo, *símbolos de su reserva para Dios y de su cooperación en la obra divina*. Cooperación para dar la vida natural, y, después, la vida espiritual en la educación cristiana de sus hijos.

2. Se cubre con un velo lo más sagrado

Lo que hay de más sagrado se cubre con un velo. El cáliz para la Santa Misa se recubre con un velo. El Sagrario se le recubre con velo. Este velo del Sagrario o *canoepo* indica la presencia de Dios, junto también con la vela encendida. Este *canoepo* tiene una hermosa tradición en la Iglesia. Pues, además de indicar la presencia de nuestro Señor Jesucristo, recuerda el pabellón que cubría el Arca de la Alianza.

En la Antigua Alianza como en la Nueva, el uso del velo era y es signo de presencia de algo valioso, lo más valioso, lo más sagrado.

¿Por qué la mujer ha de avergonzarse de llevar la cabeza cubierta con el velo? ¿A caso no se da cuenta de que este velo la ensalza y honra?

Nada hay más sagrado en esta tierra que Dios mismo en la Sagrada Eucaristía. Y he aquí que Dios mismo se dignó permanecer bajo el velo de las especies eucarísticas. Las mismas Hostias se esconden a su vez en un copón, a su vez cubierto con un velo. El copón, a su vez, se guarda en Sagrario y éste cubierto con un velo.

Vere tu es Deus absconditus (Is. 54, 15)
Verdaderamente Tú eres el Dios escondido

¡Ve, o mujer, tu grandeza y acepta tu dignidad con humildad! No te de vergüenza del velo, pues se te llama “sagrada” y “divina”, pues en esta tierra no se vela (cubre con un velo) más que a Dios